

Estos y otros muchos temas se desarrollan en esta obra colectiva de profesores de la *Università della Santa Croce*. El libro pretende llevar a cabo un análisis de los distintos aspectos de la cultura (escenarios) que ayude a esclarecer los grandes retos y las líneas maestras de la Nueva Evangelización que pretende la Iglesia de hoy. El profesor Schlag aborda el escenario económico; Rodríguez Luño trata el escenario político, la profesora Aparecida analiza el fenómeno migratorio y el pluralismo; la perspectiva de la comunicación de la fe es investigada por el prof. La Porte. El texto acaba con un epílogo del prof. Buch sobre el espíritu de la Nueva Evangelización.

Quizá sea éste el momento de parar y llevar a cabo una reflexión serena, abierta, plural e inteligente sobre los resultados del gran proyecto moderno de libertad, proyecto de raíz eminentemente cristiana. Para ser libres, hemos huido de muchas cosas, hasta huir del mismo Dios. ¿De verdad hemos ganado absolutamente en libertad? ¿En qué sí y en qué no? ¿Hay algo que corregir al proyecto de emancipación? Porque la fe cristiana tiene, y tendrá mucho que decir siempre, en un diálogo perpetuo con la cultura del momento, sobre la verdad y la libertad.

José Manuel FIDALGO

---

**Fabrice HADJADJ**, *¿Cómo hablar de Dios hoy? Anti-manual de evangelización*, Granada: Nuevo Inicio, 2013, 172 pp., 15 x 22, ISBN 978-84-940525-5-2.

La editorial Nuevo Inicio publica una obra más de Fabrice Hadjadj, escritor y ensayista, converso al catolicismo y actualmente director del Instituto de Estudios Antropológicos de Friburgo, autor entre otras de sus célebres *La fe de los demonios* y *La profundidad de los sexos*.

Hadjadj escribe este nuevo ensayo con su agudeza habitual, su estilo elegante, literario, su profundidad filosófica y teológica siempre con un lenguaje actual, ágil, vibrante y, en no pocas ocasiones, mordaz, divertido y hasta provocador. En esta ocasión, el libro está escrito a partir de una conferencia pronunciada el 26 de noviembre de 2011 por invitación del Cardenal Stanislas Rylko durante la Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo para los Laicos. El tema muy actual: una reflexión sobre cómo hablar de Dios. Lo que se prelude como un ensayo, podríamos decir, de tipo «cultural» o, incluso «sociológico» o «metodológico» se convierte, desde las primeras páginas, en un ensayo teológico, en una

reflexión vibrante sobre la presencia de Dios en el mundo y en el lenguaje. Hablar de Dios es, antes que nada, percatarse de esa Presencia de lo Eterno ante la que casi nos quedamos mudos, como niños que balbucean ante la grandeza del misterio.

La evangelización no es tanto una técnica como un asombro. No se trata de un método eficaz para convencer de Dios, algo así como usar *Twitter* para ayudar al Espíritu Santo (p. 24) o hacer más sexy lo Eterno (p. 62). Insistir sólo en la estrategia, nos convertiría sin querer en embaucadores de lo cristiano. Cristo mismo nos advertía que, cuando llega el momento de las dificultades, la persecución y la cruz, llega el verdadero momento del testimonio. Y en ese momento no hay que «preparar la defensa» sino que Él mismo nos dará «una elocuencia y una sabiduría a la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios» (Lc 21) (p. 171).

¿Cómo hablar de Dios hoy? En el fondo, cuando nos preocupamos menos del *cómo* y

nos tomamos en serio el *qué*. El segundo mandamiento nos recuerda que el nombre de Dios no se ha de pronunciar en vano. Este mandato es una advertencia, una amenaza que parece más dirigida al que habla de Dios en exceso (con demasiada ligereza, porque en realidad no sabe quién es) que al que calla (p. 36). Una idea sugerente que pone en entredicho a la vez al fundamentalismo y al ateísmo, al agnosticismo y a los falsos devotos del «cristianismo social» que han sustituido a Cristo por los valores cristianos.

El cristianismo es el encuentro con Alguien. Pero Alguien que no es una cosa más entre las cosas, no es una *supercosa*, una *supercriatura*. Este enfoque haría de Dios un competidor (p. 52), un invasor que oscurece las cosas cercanas y bonitas de este mundo. Hablar de Dios se convertiría en algo extraño a la palabra humana. Pero el reto (que Dios mismo ha planteado con su Encarnación) es, precisamente hablar de Dios con nuestras palabras (con el mismo lenguaje con el que el hombre habla de fútbol, de comida o de amor). Dios no es una alternativa al mundo porque es el Ser, no un ser entre otros. Dios es todopoderoso, «débil es el poder que necesita aplastar a los demás para existir» (p. 57). Dios no es una palabra entre otras palabras, sino la Palabra que hace existir todas las palabras, luz que no compite con los colores sino que los vivifica y los hace brillar. Dios no rivaliza con las criaturas, sino que las hace surgir y crecer. Hablar de Dios es algo así como «despuntar el alba», hacer ver a Dios en lo más vulgar de cada día, porque Dios está ahí. «Lo inefable es esto: que él habita bajo las palabras de cada día» (p. 60), por eso hablar de Dios no es hablar de una cosa más, sino «intentar llegar allí donde ya tenemos nuestra morada». Dios ya está presente en cada cosa que nombramos, en cada palabra que pronunciamos.

Lo que tenemos es que fijarnos en las palabras y no usarlas mezquinamente. Encontramos a Dios cuando no hablamos superficialmente ni buscamos el resultado. El

gran problema para hablar de Dios es que «no sabemos hablar», por eso tampoco rezamos, «porque la oración es el acto más profundo de la palabra» (p. 64). Para hablar de Dios hay que aprender a hablar. La palabra no es, como en el animal, un sonido eficaz que produce un efecto, sino mucho más: es la llamada al ser de las cosas, su vocación, su identidad; nace del respeto, de la contemplación, del recogimiento ante las cosas. La palabra verdadera no manipula las cosas, sino que entra en comunicación con la esencia misma. El alma es en cierta medida, decía Aristóteles, todas las cosas. En ese verdadero encuentro con las cosas se produce el encuentro con Dios, porque «Dios se esconde para hacerse presente en sus criaturas» (p. 121), su aparente ausencia es el secreto de su presencia en todo.

A la hora de evangelizar, no importa tanto el razonamiento como el encuentro, lo esencial del mensaje no es el contenido de lo que se dice sino la presencia del mensajero: por eso el mensaje se puede enviar con «un tipo cualquiera», no se necesita ser «un experto». Los cristianos somos, a fin de cuentas, unos payasos que hacemos como hombres que somos, nuestra «entrada triunfal» en la existencia con un buen tropiezo y que nos llenamos de sonrojo en la nariz y en las mejillas por nuestras vergüenzas. Incluso Dios se hace presente en el silencio, sin decir nada, como en la eucaristía donde nos callamos ante el misterio, porque «somos amordazados por el beso universal de su carne» (p. 129).

Por eso ¿cómo se habla de Dios? Con un balbuceo (de niño), el balbuceo del apóstol es la prueba convincente de su verdad. Siempre ha sido así, no es el éxito brillante lo que da fruto, sino la cruz. Las contrariedades no son impedimentos, sino el marco del anuncio (p. 168).

Un gran libro, sugerente, inspirador, con ideas para meditar.

José Manuel FIDALGO